

captación de la luz del Ser en lo profundo del alma individual y comprensiva (terceto final).

Tras la inmersión de la Mente en la Totalidad, la conciencia asoma de nuevo a la superficie en el soneto X, como si mal soportara la tensión intelectual de un tal empeño de la mente.

Como Valéry, Foix debe asumir su doble naturaleza y afrontar su propia inestabilidad: el Yo sensitivo, instalado en el mundo vegetal en movimiento, deleitándose en la belleza de lo múltiple y multiforme, no puede resistir a la fuerza todopoderosa de la mente («però la nit m'emporta/Ert», VIII, 1-2), a su afán cognoscitivo («I tenim set», X, 12), a su capacidad de llegar al todo a través de lo particular (del *gla* al *Gla*); el Yo intelectual, a su vez, no puede ignorar los impulsos que vienen de su naturaleza «humana», desde cuya perspectiva la aventura intelectual es vista como *indret advers* (IV), aquí transformado en sustantivo (*l'advers*) y asimilado a los *llots* y al *viure esquiu*. El soneto XLI volverá a esta disociación en versos quizás más claros: «I rebutgem, sedents, nèctars i vi, / Enyoradissos d'una deu incerta?» (1-2).

¿Puede hablarse propiamente de disociación, de reconciliación imposible? En absoluto. El último verso, que reelabora el famoso axioma de Heráclito, ofrece la clave filosófica de la aparente contradicción. La supuesta inversión de términos de la imagen heraclítica no sirve para contradecir el pensamiento del filósofo griego, sino para explicarlo mejor. La pluralidad, el movimiento, el devenir, la apariencia no son el no-ser, como sostenía Parménides, que partía del principio lógico de la identidad, sino momentos de un todo eterno e incorruptible que acoge en su seno lo múltiple y aun lo opuesto. Para Heráclito el *Cep* y el *Gla* son Unidades que se articulan en *ceps* y *glans*, en *panta rei*. Heráclito, como Giordano Bruno, como Foix, intuye el Uno en los muchos, la armonía en el caos, el Ser en el ser del devenir.

Asumida la síntesis heraclítica de X, el Yo trata de conciliar en una experiencia unificada su doble manera de ser (= conocer) en el mundo. Un solo verbo (*camín*) mantiene atados el doble caminar del Yo, ora en un paisaje deliberadamente renacentista, que se hace no menos deliberadamente «forma» petrarquista, ora en las rocas desnudas y silenciosas de la pura contemplación intelectual (*passos severs*). El temor sacude la voluntad, que vacila entre dos *vull* que encarnan aspiraciones irreconciliables: ora las «amores sollicituds», ora el duro combate de la mente, que encuentra un símil convertido en metáfora en un doblete del peregrino-asceta: el navegante dominador del mar y del propio instrumento de conocimiento («mestres de naus i acers», eso es, submarinos, como en XXI), que añade a la imagen del peregrino la connotación de intrépida aventura, presente en XII, en XIII y en XVI.

Vence, en este episodio, el desfallecimiento. La balanza de la voluntad se inclina por el *cor* engañoso (*doxa*) que hace del yo-caminante un náufrago a la deriva del suceder temporal, del recuerdo y del sentimiento. Entre el *cor* y la *ment* perdura, de momento, la tensión de IV.

El soneto XI, con la victoria del *cor* sobre el espíritu, conduce a la consideración alegórica sobre la comunidad patria y a una implícita definición de la colocación del poeta en su seno. Al Yo-nauta de XI sigue un *ellos*: navegantes, hijos todos, incluido el poeta, de una misma *estirp*, empeñada en una acción y responsabilidad común.

Obsérvese, con todo, que Foix no utiliza un *naveguem* sino un *naveguen*. El poeta es humanidad entera en el «oposem cor i ment!» de IV; en la navegación en busca de la Idea, de lo que en un artículo de 1934 llamará *La Ciutat de l'Esperit*¹⁰, la ruta y el fin son los mismos, pero los medios distintos. La nave individual del poeta y la de la comunidad son empujadas (*empeny*) por el amor fecundo de la Luz; ambas van en busca de la liberación del espíritu (*cos i esperit*), del rescate de la esclavitud del error, de la Justicia. Ambas se hallan empeñadas en una ruta difícil que presupone la renuncia a las tentaciones acomodaticias de la claudicación y de la esclavitud. Pero, como en III, el poeta proclama el derecho de seguir el camino «solitario» que le es propio: la Poesía.¹¹

El soneto XIII es prosecución del anterior. El aislamiento del Yo en busca de lo que Es no es torre de marfil al abrigo de los avatares que suceden o sacuden la Humanidad o la Patria, ni es menos aventura que la del piloto o del navegante-pescador (también *nu i febrós*) en busca de un mismo objetivo. Lo que en III era puro proyecto («témer l'enuig i al naufrag dar la mà», 11), es aquí constatación e inserción de la propia aventura intelectual en la aventura colectiva. Camino que es rigor, valor, heroísmo, sacrificio, y que remite de nuevo al peregrino-asceta y al piloto-navegante ya estudiados. Lo que a los ojos del vulgo pudiera parecer renuncia, comodidad o cobardía no es más que sacrificio y servicio: «El poeta [...] no espera res per a ell. Ni la redempció»¹². O lo que es lo mismo: «No tem la mort si a d'altri calen flors» (XIII,14).

El símil reaparece en el soneto XIV para adentrarse el Yo en las cuestiones epistemológicas que son propias de su ser-pensante. El verso 11 anuncia el intento que en forma de deseo moverá la serie encabezada por el soneto XIX: conciliar las distintas formas de conocimiento —razón, imaginación, sensibilidad— para hacer posible la acción sintética del Intelecto intuitivo. El poema registra las oscilaciones y contradicciones del Yo entre las tentaciones del saber «académico» constituido —el de los *llibres y aules*— y el Saber de la Intuición del Poeta. El Yo no tarda en reconocer el verdadero camino, el mismo de I («Ah foll!, cerc llum en el son, imprecís», 12), pero el balance de éxitos y fracasos en él obtenido le sume en una contradicción más emotiva que mental. El alma conoce la exaltación y el desánimo, pero concluye con un gesto atrevido de pirómano, lleno de significado: «i faig pira dels llibres», eso es, del saber de las *aules*. Recogerá este mismo estado de ánimo, como variación sobre el tema, el soneto XXVII. Como el Foix de *Tocant a mà*, el Yo del final del soneto XIV puede exclamar: «deixa'm imaginar només, de fora estant, com te fas transparent sota un doll d'aigües, i endevinar, sense llibres ni gargots màgics, com te dius». El poeta rechaza la fe, la superstición o la magia y la ciencia filosófica, matemática o experimental. Una vez más, el poeta, como Dios, conoce con el medio que le es propio: la creación es visión, manifestación intuida (*endevinar*) del Ser.

El soneto XV, sin embargo, define la naturaleza de la particular «divinidad» del poeta: demiurgo —o alquimista— ordena o elabora elementos preexistentes para obtener

¹⁰ J.V.Foix, *Els llocs transparents*, Barcelona, 1969, pp. 29-30.

¹¹ Los mismos conceptos se hallan en la *Lletra a Clara Sobirós citada*, pp. 8-9.

¹² En *ibid.*, p. 8.

la esencia oculta. No ha sido ocioso mencionar el Tú —Mujer de *Tocant a mà*, idéntico al de «Quan sóc dalt els Morunys...» de *Darrer comunicat* o al que aparecerá en el grupo XXXVII-XLII de *Sol, i de dol*. Microcosmos entre el mundo fenomenológico y el *Unum* divino, la Mujer de Foix no sólo concilia en su ser los opuestos: por su posición privilegiada en la escala jerárquica neoplatónica —entre el Hombre-Dios y Dios mismo— se halla como impregnada de mayor Luz-Mente, ofreciéndose como única mediadora del conocimiento. Por esta razón, el Yo elabora aquí, como en un crisol alquímico, los cuatro elementos constitutivos del cosmos: tierra (*bru*), aire (*blanc*), agua (*blau*) y fuego (*roig*), no ya simplemente como esencias del mundo, sino como partes constitutivas de Ella —micro y macrocosmos— que en su alma (*bru del teu nu*) o en su Mente encierra la clave del Universo.

El poeta-Intelecto cuando aspira a la Totalidad («si de *la mar* faig el meu elixir», 3) combina en un gesto mágico estos mismos elementos para obtener la revelación del Ser. Pero la revelación en sí, como resultado químico de elementos simples en combinación inédita, no es aún Poesía. Esta debe hacerse una con la Forma. La cuestión, de nuevo, es de estilo; un estilo que «cristalice» lo conocido y asegure la perennidad de la obra de arte. El Yo repasa la historia cultural en que se halla enclavado y ve los Maestros de las distintas Formas: la armoniosa claridad del Renacimiento, por supuesto, pero también la estética bizarra de la dificultad y oscuridad barrocas. La suerte está echada: *davant la mar* —ante lo eterno del Ser, ante la potencialidad creativa que encierra el gran vientre materno del Todo— «el meu goig és l'art clus».

Davant la mar de XV, 14, da inicio a una anáfora a distancia que une este soneto al siguiente y al XVIII. En los tres casos, la circunstancial de lugar aparece en el último verso, o para encabezarlo o para rematarlo: lo que denota la importancia simbólica de este elemento en la fase conclusiva de este primer grupo de sonetos.

El *mar*, a menudo seguido del epíteto *oscuro*, presidía como la noche oscura, el camino solitario del alma en busca de lo Permanente. En su aparición a la superficie vegetal, el Yo o se hallaba *lluny de la mar*, o estaba ante la *mar clara* o en los *mars* (X), manifestación múltiple del Mar. El navegante camina en un mar alborotado y negro, que denota la dificultad y el riesgo de la aventura: como los *gorgs pregons* de I.

Este nuevo *mar* no es ya itinerario: es estaticidad frente al espectáculo del Ser. Después de tanto andar —o navegar— la conciencia se detiene, contempla, ve y crea.

Mar y *Tú-Mujer* se identifican en los vv.6 y 7. Sería un error pensar que la contemplación se realiza con el abandono místico de lo que *no es*, eso es, de la apariencia y del tiempo. Habla aquí el Yo de *Sol, sóc etern* de I, Yo total y reconciliado. Todo el soneto XVI se articula en torno a estos dos momentos del Yo y del Cosmos (tiempo/Tiempo), como pilares del mismo: *davant la mar* (eterno)/ *en borrasca d'hivern* (momento). El Yo en el devenir (camino aún, carrera aérea) se adentra en la Totalidad (*Tu/Mar*) sin abandonar el Instante, mejor, penetrando el instante. Como ya he indicado, lo Permanente se encuentra en lo contingente, la Eternidad en la inmanencia. Gracias a la concepción heraclitea y a la intuición de Bruno, el Yo es inmortal («No crec perir puix que el traspàs ignor», XVI,1): el instante es acceso a la Eternidad si la Mente intuitiva comprende, superándolas, las demás formas imperfectas de conocimiento (*sense compàs*) y el alma está dispuesta a embarcarse en una aventura ignota, peligrosa y sin recom-